

A stylized, painterly portrait of Sir Thomas More. He is depicted from the chest up, wearing a dark blue cap with a wide brim, a brown fur collar, and a red garment underneath. He has a serious expression and is looking slightly to the left. The background is a light beige color with scattered orange and brown speckles. A large white circle is overlaid on the lower left side of the portrait, containing text.

BIOGRAFÍA JOVEN

SIR
**TOMÁS
MORO**

CANCILLER
DE INGLATERRA

FRANCISCO TROYA

bam
bú

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2003, Francisco Troya y Editorial Casals, S. A.
© 2023, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com

© Ilustración de cubierta: Carmen Segovia, 2023
Diseño de la colección: Enric Jordi y Eva Fàbregas
Fotografías: ACL; AISA, ALBUM
Ilustraciones: Farrés, il·lustració editorial

Primera edición: enero de 2003
Décima edición: julio de 2013
Primera edición en Bambú: septiembre de 2023
ISBN: 978-84-8343-902-9
Depósito legal: B 11239-2023
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL, Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

1

A UN PASO DE LA ETERNIDAD

El batir de tambores continuaba resonando, persistente, en los oídos de Margaret Clement. Era un sonido triste y grave, monótono, como el tañer de las campanas cuando repican a muerto. Un sonido que espanta y encoge el corazón.

Y luego, aquel fugaz destello del filo del hacha, que descendió como un rayo, aún reverberaba y hería sus ojos enrojecidos por las lágrimas.

Hizo un gesto con la cabeza, como queriendo desterrar aquellas imágenes, ahuyentar aquel rumor obsesivo de sonidos y visiones de muerte.

Se llevó ambas manos al rostro y dejó escapar un gemido ahogado:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!...

* * *

Aquella mañana del 6 de julio de 1535, la comitiva de soldados al mando del lugarteniente sir Edmund Walsingham había salido de la Torre de Londres llevando en custodia al prisionero. Unos escasos trescientos metros más allá, en Tower Hill, todo estaba

ya dispuesto para la ejecución. Sir Tomás Moro, el anterior lord canciller de Inglaterra, había sido acusado de delito de alta traición contra su majestad Enrique VIII y condenado a muerte.

Las campanas habían emitido ocho graves toques, como siempre, pero ahora parecían sonar más nítidos y solemnes; tal era el silencio, expectante, entre el gentío que allí se había congregado.

Al aparecer los arqueros y los soldados armados con picas y lanzas, la muchedumbre que aguardaba a las puertas de la Torre prorrumpió en contenidas y ahogadas exclamaciones.

El prisionero caminaba pausado; llevaba un vestido pobre y raído, de color gris, y entre las manos, una cruz roja.

—¡Qué demacrado está! —se oyó comentar a una mujer de entre la multitud.

—Sí, sí... —confirmó otra voz—. ¡Y qué delgado! Realmente parece un cadáver.

—*Sic transit gloria mundi*. Así de fugaz es la gloria mundana —exclamó sentenciosamente otra voz cercana—. Ayer, lord canciller del reino; hoy, decapitado.

Pero sir Tomás mostraba la actitud de quien hace ya mucho tiempo que había renunciado a las glorias humanas, ocupado tan solo, durante los largos meses que estuvo en prisión, en meditar sobre la pasión de Cristo y en preparar su salida de este mundo.

El reo mostraba un semblante tranquilo y una leve y serena sonrisa se apuntaba en sus labios. La barba, larga y entrecana —le había crecido mucho en esos meses de cautiverio—, se agitaba con la suave brisa de aquella mañana de verano.

A su paso, no faltaron voces que le echaron en cara su ingratitud para con el rey, que lo tacharon de traidor a la Corona e incluso de hereje.

Pero tampoco faltaron voces y actitudes agradecidas, en reconocimiento a los beneficios recibidos de sus generosas y caritativas manos, a su prestigio y a su intachable rectitud moral como juez en una época de intrigas y corrupción, o al ejemplo que daba ahora al ofrecer su vida por seguir el dictado de su conciencia, en defensa de la unidad de la Iglesia y de la autoridad del papa.

Destacándose entre el gentío, una mujer le ofreció un poco de vino con el que fortalecer su debilidad.

—Gracias, mujer —dijo Tomás Moro, rehusándolo amablemente—. Pero a Cristo, en su pasión, no le dieron a beber vino, sino vinagre y hiel.

Otra tuvo que ser sujeta cuando se abalanzó sobre él, protestando de que, siendo canciller, había cometido una injusticia contra ella.

—Muy bien recuerdo vuestro caso —exclamó, deteniéndose, el prisionero—. Y, si tuviese que dictar sentencia de nuevo, os aseguro que sería la misma que la de antes.

Un hombre, a quien Moro había consolado con sus consejos y oraciones ante las dificultades que atravesaba, dificultades que lo habían arrastrado incluso al borde del suicidio, le dijo a su paso:

—Maese Moro, maese Moro, ¿me reconocéis? ¡Por amor de Dios, os lo suplico, rezad por mí! Las dificultades han vuelto y no puedo librarme de ellas.

—Sí, os recuerdo bien —respondió—. Idos en paz, y rogad por mí, que yo no dejaré de hacerlo por vos.

Otra mujer le reclamó los documentos de unas posesiones, que había puesto bajo su custodia cuando era el lord canciller.

—Buena mujer, os lo ruego —le suplicó Moro—, tened todavía un poco de paciencia. Su majestad el rey es tan bueno

conmigo que, en menos de media hora, me habrá liberado ya de toda preocupación y os podrá ayudar él personalmente.

A media cuesta de la colina que se eleva detrás de la Torre, Tomás Moro se apoyó en un bastón. Se sentía muy débil. Un poco más arriba se levantaba el patíbulo.

Pero por entre las cabezas de la compacta muchedumbre que había acudido a presenciar la ejecución, Margaret Clement, su hija adoptiva, apenas si podía distinguir la figura de aquel al que, de verdad, había querido como a un padre.

El reflejo de las lanzas y las picas, cuyos filos relucían con el sol de la mañana, indicaban a Margaret el avance de la comitiva. Esta adelantaba muy lentamente, a causa de la muchedumbre congregada. Margaret, medio oculta entre el gentío, vio a su padre cuando ya estaba pronto a alcanzar los peldaños que ascendían al cadalso.

Contuvo sus deseos de abalanzarse sobre él y abrazarlo y besarlo, y el rostro se le crispó de dolor. Margaret Clement fue la única persona de la familia de los Moro que estuvo presente en la ejecución. Pero sir Thomas no pudo saberlo.

Al subir los desajustados peldaños del patíbulo, estos crujieron. Sir Thomas notó que las fuerzas le flaqueaban aún más; tanto que estuvo a punto de caerse, y solicitó la ayuda del lugarteniente.

Lo abandonaron las fuerzas, pero no el buen humor:

—Os pido, milord —le dijo—, que me ayudéis a subir; para bajar no tenéis más que soltarme, que ya me encargo yo solo.

Una vez arriba, se dirigió a la nutrida muchedumbre que lo contemplaba.

Margaret pudo oír, mientras el dolor le golpeaba el pecho, cómo rogaba a los allí presentes que rezasen a Dios

por él, que él haría lo mismo por ellos en la otra vida; que rezasen especialmente por el rey, para que fuese iluminado en su tarea de gobierno; y que moría —todos pudieron oírlo con claridad— por ser un buen servidor del rey, pero antes, de Dios.

Después Margaret observó cómo, con dificultad, se ponía de rodillas y recitaba, recogido en oración, el salmo número 50:

—*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam...* Ten piedad de mí, oh, Dios, según la grandeza de tu misericordia. Y según la muchedumbre de tus piedades, borra mi iniquidad... Crea en mí, oh, Dios, un corazón puro, y renueva en mis entrañas el espíritu de rectitud... No desprecies, oh, Dios mío, un corazón contrito y humillado...

Una vez que hubo terminado, se puso en pie. Acercándose al verdugo, lo abrazó y le dio las gracias. Este se arrodilló delante de él y, como era costumbre, le pidió que lo perdonara:

—Pero, ¡hombre! —respondió Moro, sonriendo—. Ánimo, y no tengáis miedo a cumplir con vuestro oficio. Mi cuello es muy delgado. Pero... tened cuidado de no cortar de lado, para que no se hable mal de vuestro prestigio.

Rehusó el gesto del verdugo cuando este se le aproximó con intención de vendarle los ojos.

—Lo haré yo mismo —le dijo, al tiempo que sacaba un pañuelo que traía en el bolsillo.

Luego, el verdugo extrajo el hacha de debajo de un montón de paja amontonada.

El ajusticiado se reclinó despacio, muy despacio, hasta reposar la cabeza sobre el tajo de madera. Al hacerlo, notó que se le había quedado enredada su larga barba entre la garganta y el madero, por lo que advirtió al verdugo:

—Por favor, permitidme que pase la barba por encima del tajo, no vaya a ser que la cortéis.

El verdugo ya había elevado en el aire el hacha.

—Ella... —prosiguió Moro— no ha cometido ningún delito de alta traición.

Y se hizo el silencio.

Un silencio denso, muy denso, que quedó interrumpido por el golpe seco del hacha que limpiamente seccionó el cuello y quedó clavada en el madero, y por el lúgubre ruido de la cabeza al rodar por las tablas, que quedaron manchadas de sangre.

* * *

Una vez obtenido el permiso para dar sepultura al cuerpo del ajusticiado, con gran dolor, sacando fuerzas de la flaqueza, entre Margaret Clement, Margaret Roper (la hija mayor de Tomás Moro) y Dorothy Harris, tomaron el mutilado cadáver de sir Tomás Moro y lo envolvieron en una sábana. Le dieron sepultura en la pequeña iglesia de Saint Peter, situada dentro del recinto de la Torre.

El verdugo había echado la cabeza de Moro, con barba y cabello, en un caldero con agua hirviendo. Luego, a la entrada del puente de Londres, donde se exponían sobre los palos las cabezas de los ajusticiados para público escarmiento, el verdugo cogió la calavera del obispo de Rochester, John Fisher, y la arrojó a las aguas del río; mientras esta se hundía, sobre aquella misma pica clavó la cabeza de sir Tomás Moro.

El día había ido avanzando lenta y dolorosamente, y el sol se encontraba ya muy arriba.

2

RETRATO DE FAMILIA Y RECUERDOS LEJANOS

Sir Tomás Moro vio por primera vez la luz —esa luz que de modo tan violento se le habría de apagar— probablemente el 7 de febrero de 1478 en la ciudad de Londres. Su padre, sir John Moro, era un prestigioso abogado y juez que estaba casado con Agnes Graunger. Thomas fue el segundo hijo que tuvo el matrimonio, pues primero había nacido una niña, Joan, después él y, con un año de diferencia, vendrían Agatha, que murió a temprana edad, John, Edward y, por último, Elizabeth.

Cuando Thomas cumplió los cinco años, murió la madre, y los hijos fueron creciendo sucesivamente bajo los cuidados y la protección de tres madrastras. Su relación con ellas fue muy cordial, y estas supieron cumplir con su deber de atender el hogar y sacar adelante a tan numerosa prole.

Tenía Thomas siete años cuando el juez John Moro lo llevó a la prestigiosa escuela de Saint Anthony. El colegio tenía fama de ser el mejor de la ciudad, y además era gratuito. Ahí adquirió las bases de una esmerada educación y los primeros fundamentos en el aprendizaje de la lengua latina, que le sería indispensable para posteriores estudios. A lo largo de su vida, Thomas utilizaría el latín con la misma fluidez y naturalidad que su propia lengua materna.

Después, de 1490 a 1492, el joven Thomas pasó a completar su educación en el palacio arzobispal de Lambeth. Entró como paje al servicio de John Morton, arzobispo de Canterbury y, también, canciller de Inglaterra.

«Este hombre —años después así lo recordaría Tomás Moro en su obra *Utopía*—, que no era difícil de trato, aunque sí serio y grave, gustaba de parecer desabrido con los que venían a solicitar algo, pero sin llegar a herirlos, como si tratase de probar el ingenio y la fortaleza de ánimo del solicitante. Esa disposición, siempre que no llegase al descaro, le producía complacencia, no solo por afinidad con su propio temperamento, sino también por considerarla cualidad apropiada para la administración de los asuntos públicos.»

La espontaneidad y desenvoltura del paje Thomas, su simpatía y sentido del humor, sus deseos de saber y de adquirir cultura no pasaron desapercibidos al arzobispo, y pronto le granjearon la benevolencia y protección del prelado.

En ocasiones, cuando con motivo de una fiesta, como en Navidad, se celebraba una representación teatral, Thomas, sin pensarlo dos veces, se introducía entre los actores, creando e improvisando su propio papel, y provocando la risa de los espectadores mucho más que el resto de los comediantes.

El canciller Morton gozaba con su vivo ingenio y su buena disposición; tanto que solía comentar a los nobles y personalidades a los que, con frecuencia, invitaba a comer:

—Este muchacho que nos sirve la mesa —decía, lleno de satisfacción, refiriéndose a Thomas—, quien viva para verlo, verá que llega a ser un hombre extraordinario. Lo verá, sí. Ya lo creo.

Y no se engañaba el anciano cardenal...

El tiempo transcurrido en Lambeth permitió al joven Moro observar muy de cerca el comportamiento de los grandes y nobles

del reino, seguir el protocolo y las reglas de cortesía en las recepciones a los embajadores de otros países y admirarse con los presentes que aquellos traían y con las cosas que oía de remotos lugares, lo que le sería de gran utilidad en un futuro no muy lejano.

Por mediación del arzobispo Morton, en 1492, cuando Thomas cumplió los catorce años, ingresó en la universidad de Oxford.

Pasó, así, de las comodidades y el fausto del palacio del canciller a las frías aulas y edificios de piedra de Oxford. Aún más, puesto que al rigor disciplinario que caracterizaba al Canterbury College se añadió la intención del juez Moro de que su hijo aprendiera a desenvolverse en la vida con lo estrictamente justo e imprescindible, a pesar de que la familia gozaba de una situación económica más que desahogada.

Mucho le costó entender, entonces, el tener que pasar por aquellas estrecheces económicas. Sin embargo, más tarde, recordaría con agradecimiento aquel proceder de su padre:

—Así fue —explicaría después— que no caí en vicios ni perdí el tiempo en diversiones extravagantes o peligrosas. Ni siquiera tuve oportunidad de saber lo que eran, porque mi asignación no daba para tanto.

Pero más, mucho más, le costó aceptar la decisión de su padre de sacarlo de Oxford después de que hubieran transcurrido dos años de vida universitaria. Porque allí, Thomas había perfeccionado su latín y había empezado a estudiar griego y, sobre todo, a entusiasmarse con la cultura clásica y a respirar los nuevos aires que traía el humanismo renacentista.

No obstante, el juez John Moro estaba firmemente convencido y decidido a que su hijo —lo amenazó con desheredarlo— no siguiera la escasamente remunerada vida del intelectual, siempre en busca de protector y mecenas, sino que se ganara

la vida ejerciendo de abogado, igual que él, que, al menos en Inglaterra, gozaba de respetuoso prestigio.

Así, cuando terminó el curso escolar y llegaron las vacaciones de verano, Tomás Moro, con gran pena y muy a pesar suyo, tuvo que regresar a Londres.

Y precisamente aquel verano de 1494, su pecho latió por primera vez con violenta y desconocida fuerza. Thomas había sentido el amor...; un amor apasionado y adolescente, que fue tan intenso como breve, pues los padres de aquella jovencita de dieciséis años que se llamaba Elizabeth no permitieron que el idilio progresara.

Y Thomas no volvió a verla más, porque, como escribió en los versos que le dedicó:

*un vigilante y una puerta cerrada
sellaron para siempre nuestro amor.*

Acabó el verano y empezó un nuevo curso. Tomás Moro ingresó en New Inn, una de las academias de la cancillería del reino —que también hacían las veces de residencia de juristas y alumnos— para estudiar leyes. En sus estudios pronto hizo notables progresos, avanzando desde los niveles más bajos hasta los más altos. Dos años después pasó a Lincoln's Inn, donde prosiguió su formación, y, como en sus años de Oxford, con una pensión muy reducida, hasta concluir los estudios y ser reconocido como abogado con todas las calificaciones.

Durante estos años, compaginó la jurisprudencia con el estudio de las disciplinas humanísticas que tanto lo apasionaban, así como el de las materias teológicas y las referentes a las Sagradas Escrituras, poniendo de manifiesto, además de sus amplias inquietudes intelectuales, su gran capacidad de trabajo.

El prestigio del joven Tomás Moro como abogado y humanista se iría cimentando cada vez más sólidamente con el transcurrir del tiempo.

3

EN EL MUNDO Y DESDE EL MUNDO

Muy honda fue la impronta que sir John Moro dejó en su hijo Thomas. De él heredó un fino sentido del humor y un punto —grueso, cuando era necesario— de ironía, el espíritu de servicio, una piedad cristiana fuertemente arraigada, un agudo sentido de la justicia, la lealtad y la rectitud, y una actitud insobornable. De él heredó, incluso, la reincidencia en el matrimonio.

Pero si amplia fue la influencia de Moro padre, y definitivas las razones para convencer a su hijo de que siguiera la carrera de abogado y no los estudios de Humanidades por los que se sentía más atraído, hubo momentos significativos en la vida de Thomas en los que solo él, de modo exclusivo, quiso decidir. En realidad, entre él y... Dios.

Tomás Moro era un joven sano, culto y piadoso; su piedad se había ido fortaleciendo en casa de su padre, y también durante su estancia en el palacio de Lambeth. Pero, por esta época, una inquietud desazonadora le sugería en el fondo de su alma que quizá tuviera vocación para servir a Dios en el estado religioso.

Sin interrumpir por completo su trabajo como abogado, ni su incipiente labor literaria, ni el trato con sus amigos

humanistas, decidió examinar el asunto con detenimiento. Era preciso aclarar si la plenitud de vida cristiana a la que se sentía llamado lo conducía por la vida religiosa o, por el contrario, debía quedarse en el mundo y formar una familia. Con estos pensamientos ingresó en la cartuja de Londres, para entregarse a la oración y a la reflexión pausada.

Así pues, entre 1498 y 1502 hizo vida común con los cartujos, pero sin profesar ningún tipo de votos ni promesas. En calidad de huésped, se integró en la vida de la orden de san Bruno: asistía cada día a misa, participaba en las lecturas y en los rezos del coro y se daba también a los ayunos y otras prácticas de penitencia, entre otras la de disciplinarse y la de utilizar una camisa de pelo áspero que no dejaría de emplear hasta su muerte.

Mientras tanto, en 1501 fue admitido en el ejercicio público de la abogacía, y pronto empezó a adquirir tal reputación que llegó a ser elegido representante para el Parlamento.

Un hecho vino a consolidar el prestigio profesional de Tomás Moro y a encaminarlo hacia la gestión pública. Cuando Enrique VII convocó al Parlamento para solicitar del pueblo una ayuda extraordinaria para sufragar los gastos del funeral del príncipe Arturo y los de la boda de la princesa Margarita con el rey de Escocia, Jacobo IV, muchos parlamentarios mostraron una actitud displicente en la defensa de los derechos del pueblo frente a la demanda real, ya que sabían que el monarca tenía espías dentro del Parlamento, y también conocían su carácter rencoroso y vengativo. Pero el joven Moro no era de los que permanecían indiferentes ante situaciones de injusticia e intervino en las sesiones activamente, defendiendo los justos intereses de los ciudadanos. Y en el debate final, habló y argumentó de

tal modo contra las pretensiones del rey que, a consecuencia de ello, se decidió rechazar la demanda.

De inmediato, un tal master Tyler, uno de los parlamentarios más allegados a la causa del rey, fue a comunicarle a su majestad que «un imberbe muchacho» había echado por tierra sus planes, y que tendría que conformarse con menos de la mitad de lo exigido.

La indignación de Enrique VII fue grande, y Tomás Moro cayó desde aquel instante en desgracia ante del rey.

A la vez, en el terreno espiritual y personal, su compromiso con el mundo se fue también aclarando. Aquella inquietud inicial se transformó en luces claras cuando descubrió la figura y la obra del humanista italiano Pico della Mirandola, y con él un nuevo horizonte en el modo de vivir con plenitud el cristianismo, en el mundo y desde el mundo.

A Tomás Moro, lo que más lo removió de este personaje fue su encuentro y conversión a Cristo. Lo impresionó profundamente que un simple laico —no un monje, ni un fraile—, un hombre de aristocrático origen, que había experimentado todos los placeres de la vida, se convirtiera en un hombre piadoso, que dedicaba a la oración un tiempo fijo y constante, que disciplinaba y mortificaba su cuerpo, que despreciaba los bienes terrenos y renunciaba a los honores que antes con tanta codicia había perseguido; de esta manera agradaba a Dios, estaba siempre alegre y tenía libre su espíritu. Y fueron esas ideas las que siempre alentaron a Thomas y lo orientaron en su vida.

Al fin, el joven Moro se convenció —no sin cierto pesar, pues en la mentalidad de la época el ideal de perfección cristiana era sinónimo de ingresar en el estado religioso— de que no tenía vocación ni para religioso ni para sacerdote. Así

pues, la siguiente decisión en un hombre práctico y resolutivo como él —su determinación de permanecer «en el mundo» la identificaba con la determinación de casarse— fue la de tomar una esposa y formar una familia, persuadido de que ese era el camino por el que Dios lo llamaba.

Se encaminó, pues, hacia Netherhall, en el condado de Essex, a casa de master Colt. Este, que le conocía por haberlo invitado en diversas ocasiones, tenía tres hijas en edad de casarse.

A Tomás Moro lo atraían la belleza y la gracia de la segunda hija, pero al considerar la pena —y también la vergüenza— que sería para la hermana mayor verse postergada por la más joven, movido de cierta compasión, se encariñó de ella. De este modo, y poco tiempo después, en enero de 1505 contrajo matrimonio con Jane Colt, jovencita asimismo agraciada que ya contaba con casi diecisiete años.

El joven matrimonio se instaló en Londres, en Bucklersbury, a orillas del Támesis. A pesar de algunas dificultades de educación y carácter —la joven esposa se había criado en un ambiente rural y carecía de instrucción—, Thomas y Jane formaron un matrimonio feliz. Thomas profesó un amor sincero y auténtico por su «mujercita», como la llamaba cariñosamente. Tuvieron tres hijas, Margaret, Elizabeth y Cecily, y un hijo, John. A ellos hay que añadir también una hija adoptiva, Margaret Giggs (que luego adoptaría el apellido de su marido, John Clement).

Tomás Moro procuró para sus hijos una educación basada en la virtud y en el estudio; y según el espíritu renacentista, en el ideal de deleitar enseñando, exhortándolos, desde muy pequeños, «a tomar la virtud y el estudio como si fueran la carne, y el juego como la salsa». También se cuidó de que, en medio

de las tareas del hogar y el esfuerzo que requiere la crianza de los niños, Jane dispusiera de tiempo para cultivar su espíritu.

Mientras tanto, su actividad como abogado se fue haciendo cada vez más intensa. En cierta ocasión, por un pleito, tuvo Moro que interrogar a Richard Foxe, obispo de Winchester y miembro del Consejo Real. Este, llamándolo aparte, le prometió que si dictaba sentencia a su favor, lo restauraría, valiéndose de su influencia como miembro del Consejo, en el anteriormente perdido favor y gracia del rey.

En realidad, como se pudo comprobar después, no se trataba más que de una maniobra para tener a Thomas bajo la voluntad de Enrique VII. Pues si accedía, era un modo de reconocer su culpabilidad en la intervención parlamentaria de tiempo atrás, dando así ocasión al rey para desquitarse de aquella humillación en el momento que a él le pareciera más oportuno.

Receloso de la propuesta, Moro quiso tomar consejo de su buen amigo Richard Withford, que era entonces capellán del obispo:

—Por la pasión de Cristo —le contestó—, de ninguna de las maneras hagáis eso.

—Pero... ¿por qué? —quiso saber Thomas.

—Porque a mi señor —explicó, refiriéndose al obispo— con tal de servir al capricho del rey, no le importaría concertar la muerte de su propio padre.

Muy persuadido quedó Tomás Moro del espíritu de venganza que animaba al viejo Tudor y de que bien era capaz de cualquier cosa si con ello veía cumplidos sus deseos. Así que, en 1508, decidió visitar las universidades de Lovaina y París, quizá también con la idea de buscar un lugar de exilio,

pues siendo objeto de la indignación del monarca, no podía vivir en Inglaterra sin temer un gran peligro. Temores que no se difuminaron hasta la muerte de Enrique VII, ocurrida en abril de 1509.